

Setiembre, sep 1929.

La Habana que se va ~



El Monasterio de Santa Teresa

LOS inquietos vecinos de la noble ciudad de La Habana, llave del nuevo mundo, sintieron desde muy temprano el ansia de escaparse del recinto en que arcaicas murallas los habían encerrado. Mucho antes de que estos muros de piedra fueran echados abajo, ya los habaneros habían urbanizado una gran extensión de sus afueras hacia el oeste, hacia el este, hacia el sur. Las puertas de las murallas se cerraban a las diez y media de la noche y después de esa hora centinelas vigilantes impedían que los habitantes entrasen o saliesen hasta las cinco de la mañana del día siguiente. Cuando la piqueta demoledora destruyó las murallas, la Habana pudo señorearse de ciudad importante con el ensanche de sus nuevos barrios de Guadalupe, de Colón, de San Lázaro, de Jesús del Monte, del Cerro. Ya empezaba a poblarse el litoral

entre el Torreón y el castillo de la Chorrera, espacio que se llamó y se sigue llamando de lo "Vedado", porque estaba prohibido destrozar el manigual allí existente, que se tenía como muralla natural que defendía la ciudad de desembarcos de piratas...

Penas severísimas tenía el que osara cortar leña o meramente transitar por aquellos breñales. Si era de color el audaz contraventor, el Cabildo tenía dispuesto que se le desjarretase un pie.

Ese afán de extenderse, de buscar expansión, ha sido en los habaneros como una obsesión y por eso la ciudad ha crecido de modo tan extraordinario. La ciudad nueva es hoy algo que no tiene nada que ver con la vieja ciudad. Las barriadas primitivas van quedando para el comercio. Es como el dawn town neoyorquino.

Las familias quieren vivir en lugares de mayor expansión,

en donde se respire mejor aire libre y los barrios recientes son, por eso, como grandes parques de residencias en donde se han levantado elegantes mansiones, palacios fastuosos, chalets confortables. Todo el mundo quiere vivir fuera de la Habana vieja. Las pocas residencias que quedan en los barrios de Paula y San Isidro han sido ocupadas por los numerosos inmigrantes que llamamos genéricamente con el nombre de "polacos" (rusos, checoslovacos, austriacos) que como avalancha han caído sobre la Habana, al no poder entrar en los Estados Unidos del Norte, para donde iban destinados la mayor parte de ellos.

Vivir fuera de la Habana vieja es casi protocolar. La gente bien no se resigna a vivir sino en los que aquí se llaman los "repartos", lotes de terrenos de las afueras donde se han levantado interesantes y lujosas residencias. El contagio ha lle-

gado hasta los silenciosos y austeros conventos de monjas y frailes. Los vetustos conventos han sido vendidos a entidades comerciales. Se han pagado precios fabulosos y las monjitas han hecho un negocio por duplicado: con el capital recibido han construido en las afueras magníficos albergues y aun les ha sobrado para aumentar sus rentas, aparte de vivir con más amplitud e higiene. Las monjas Catalinas abrieron el surco, cediendo su residencia al Nacional City Bank, que sustituyó la anticuada mansión por una fastuosa casa bancaria; la siguieron las Claras, que han sido sustituidas en su histórico recinto por las oficinas de Obras Públicas; los frailes carmelitas dieron su convento de S. Felipe al Banco del Comercio. También se fueron las Ursulinas. Las últimas fueron las Teresas. Hace poco dejaron el pintoresco y melancólico hogar que ocupaban en



EL NUEVO CONVENTO DE SANTA TERESA.—Un ángulo característico de los antiguos patios coloniales. LA HABANA (Fot. López Ortiz).

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
LA HABANA



EL VIEJO CONVENTO DE SANTA TERESA.—Galería de columnas alrededor del patio central. (Fot. López Ortiz).

Terminado el examen se dispuso se volviera a tapar la caja, siendo las once y treinta de la mañana y se puso en marcha la comitiva para el nuevo Convento de Santa Teresa. Doy fe. Doctor Santiago Sainz de la Mora”.

Cerrada la caja se trasladaron tan preciados restos al nuevo Convento donde se cantó un Te Deum entonándose después por el coro del Monasterio el “Libera me Deum”

Los restos de Compostela Veliz quedaron depositados provisionalmente en su caja, y colocados en el interior del Altar Mayor de la nueva Iglesia de las Madres Carmelitas, en tanto se compre otra caja mayor de madera para depositarlos conjuntamente con la que hoy los guarda, siendo colocados luego en un nicho que ha sido construido en la parte del Evangelio de la Iglesia, para

que sean depositados en este sitio definitivo; propósitos que fueron cumplidos por las mon-

jas Teresas con la acuciosidad que el gran respeto hacia el inolvidable obispo las inspira.

No es esto sólo, Las monjas tenían en sagrado depósito, el corazón del virtuoso Prelado: este así lo había dispuesto en su testamento y en cumplimiento de tan respetable última voluntad al ser embalsamado el cadáver, se le extrajo la víscera cordial y se le entregó a las monjas, que la colocaron en una redoma de cristal. En el viejo convento fué puesta la redoma en el coro alto y en el nuevo edificio se ha puesto en lugar apropiado. Dicen las monjitas que en los tiempos de seca, el corazón de Compostela se contrae, se reduce, casi una tercera parte de su habitual tamaño, casi del puño de la mano; en tiempos de agua, se ensancha.

Cuando su cadáver fué expuesto al público hubo que poner guardias porque todos querían un pedazo del traje como reliquia. DE LA HABANA



Aspecto exterior de la nueva casa-convento de Sta. Teresa, en el Vedado.